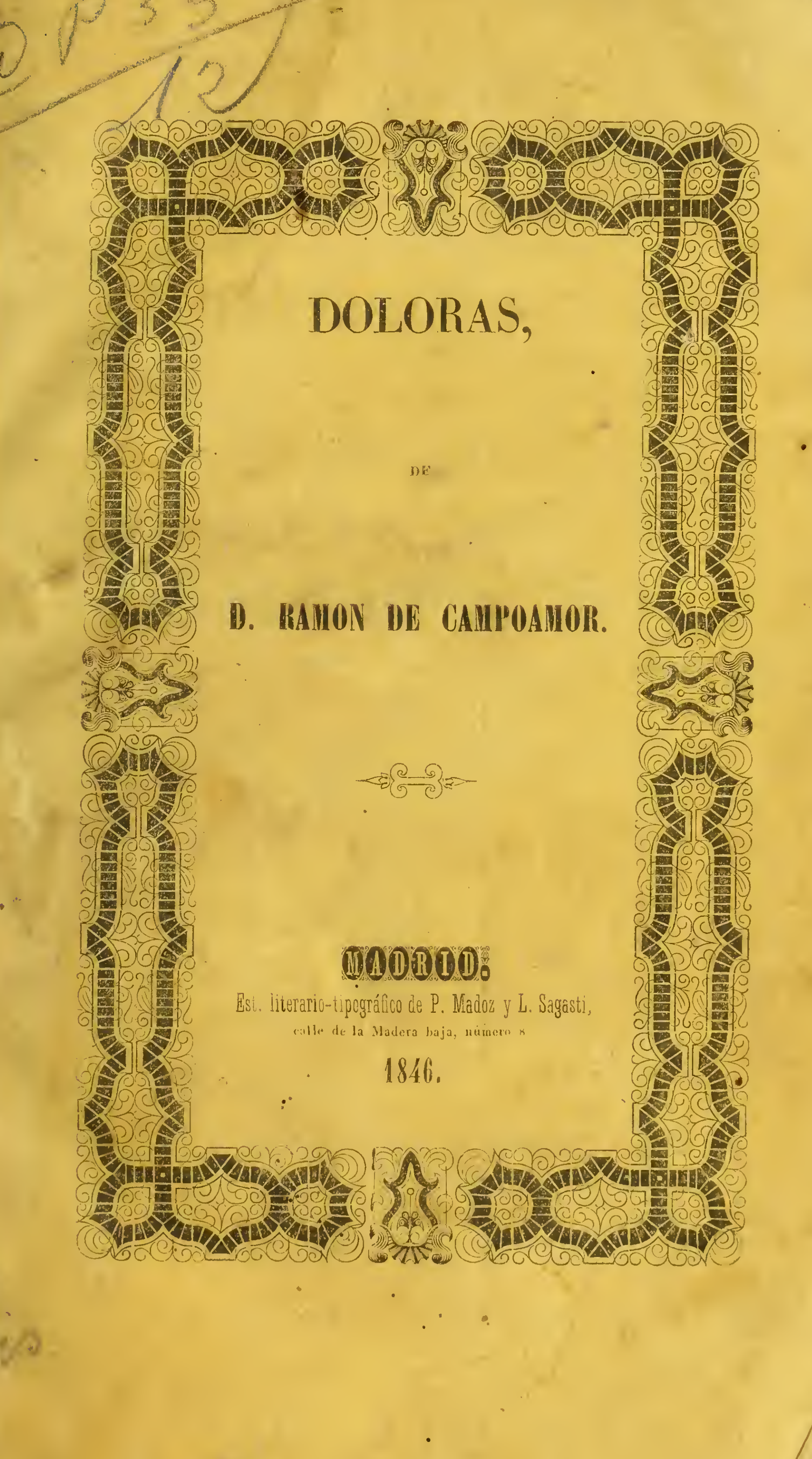
Campoamor y Campoosorio, Ramón de

Doloras.



DOLORAS,

DE

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

MADRID.
Est. literario-tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti,
calle de la Madera baja, número 8
1846.

DOLORAS.



DOLORAS,

DE

DON RAMON DE CAMPOAMOR.

MADRID

EST. LITERARIO-TIPOGRÁFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI,
calle de la Madera baja, número 8.
1846

PROLOGO.

CARTA-CONTESTACION

A DON ALVARO ARMADA Y VALDES,

CONDE DE REVILLA-JIJEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras espresiones con que califica Vd. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á Vd. algunas esplicaciones sobre la palabra DOLORA.

Dice Vd. — «que no le agrada el término DOLORA porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razon, y que por consiguiente no tiene para Vd. mas mérito que el de cualquier otro sonido informe."

Antes de contestar á esta observacion, quiero enterar á Vd. del género de poesia al cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones, en las cuales, asi como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen en ellas los principales atributos de la poesia lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecucion no ha correspondido á la belleza del tipo que me habia forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho mas que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que mas dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar solo espuesto en teoría.

Me dice Vd. — «que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las

cualidades que yo creo indispensables para constituir la DOLORA."

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su espresion á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é *incidentalmente.* Creo que la poesia, por muy selecta que se ostente en sus formas esteriores, siempre debe tender á agrandar el catálogo de verdades conocidas: y fundado en esta creencia he escrito estas DOLORAS que, aunque sean muy imperfectas, se puede decir de ellas para que sirva de base para hacer su definicion ulterior. — «Que deben ser unas composiciones ligeras en sus formas, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico."

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

— «¿Qué significa DOLORA?" — me pregunta Vd. en el primer párrafo de su carta. Respuesta: «significa una composicion poética, en

la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.*" — «¿Y por qué significa eso?" — Vuelve Vd. á preguntar, suponiendo con acierto mi contestacion. Respuesta: «porque yo *quiero* que lo signifique."

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á Vd. porque resulta en mi abono. — O la DOLORA es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. — Si lo es, la palabra que signifique ese género, tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vejetal ó mineral, etc.: y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las DOLORAS un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido, al cual crea que pertenecen.

Despues de dicho lo que antecede, me parece supérfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que Vd. cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecia que un ingenio como el de Vd. se ocupase

tan detenidamente en una cuestion tan insignificante.) — «Yo bien comprendo, dice Vd., que unas composiciones que, por muy lijeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar DOLORAS." — Ya sabe Vd. que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos mas que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará Vd. que le esprese con franqueza, que la razon no me parece demasiado concluyente, aunque, si á Vd. le gusta, me daré por muy servido con que esa esplicacion satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Ultimamente, concluye Vd. diciendo: — «¡Es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando Vd. no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su orígen en los *misterios de su corazon*!" — Protesto contra la tendencia de esa observacion insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste, para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende Vd. hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razon de ellos *ni á mi mismo*, la venialidad del sentimiento que Vd. procura sorprender en el fondo de mi corazon, me autoriza para que diga á Vd. cuatro palabras *al oido* sobre este asunto esclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Solo me resta suplicar á Vd. por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazon, que jamás haga Vd. á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á Vd. su amantísimo paisano y verdadero amigo que le quiere entrañablemente

CAMPOAMOR.

P. D. Se me olvidaba decir á Vd. que aprecio mucho la delicadeza con que se ha abstenido Vd. de calificar las tendencias no muy morales de algunas de mis doloras. Efectivamente hay

algunas no muy morales. Por eso aconsejo á todos los jóvenes, y particularmente á todas las jóvenes, que no las lean. ¿Me obedecerá alguno? y sobre todo ¿me obedecerá alguna...?

Se me dirá que puesto que conozco la tendencia maliciosa de estos versos, debiera haberlos arrojado al fuego: ciertamente que debiera haberlos arrojado al fuego. Pero ¡cómo ha de ser! estos versos pertenecen á las locuras (y no de las mayores) de mi juventud, y las publico para que la indignacion de mis lectores sea la espiacion de mi culpa. Confieso que he escrito estos versos muy poco graves, y lo confieso para que se me perdone, pues sé que un santo arrepentimiento bien puede borrar este pequeño crímen. ¡Se perdonan otros crímenes tan grandes!...

DOLORA PRIMERA.

Cosas de la edad.

I.

—Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro dia
una carta que decia:
« al espejo de mis ojos. »

Y, aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos,
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

¡Ay! ¡no rindiera en verdad
el corazon lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad
y lo pasado, pasado!

¿Por tus locas vanidades,
que son ¡oh niña! no miras
mas amargas las verdades
cuanto allá en las mocedades
son mas dulces las mentiras?

Y es la tez encantadora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora:
¿mas no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña*!....)

II.

— Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razon

que, en el tiempo que ha pasado,
ó habeis perdido ó gastado
las llaves del corazon.

Si amor con fuerzas estrañas
á un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar teniendo entrañas
eso es imposible, abuela.

¿Nunca soleis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
cerrais los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

¿Y nunca veis, en mal hora,
miradas que la pasion
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazon?

¿Y no adorais las ficciones
que al alma pasando deja

cierta ilusion de ilusiones?....
¿Mas no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja*!!....)

III.

— No entiendo tu amor, Lucía.
— Ni yo vuestros desengaños.
— Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mia
el yerto mar de treinta años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afan.
— Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

— ¡Triste es el placer gozado!
— Mas triste es el no sentido,
pues yodecir he escuchado,
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

— Oye á quien bien te aconseja.
— Inútil es vuestra riña.
— Siento tu mal. — No me aqueja.
— (¡Pero, señor, *si es tan niña*!....)
— ¡Pero, señor, *si es tan vieja*!....)

DOLORA II.

Glorias de la vida.

¡Al fuego! cartas de adorados seres
por quien la sangre derramé viviendo;
arded á impulsos de esa luz, y ardiendo
con vos se estinga *mi fatal pasion.*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fáciles despojos!
¡no su partida lamenteis, mis ojos,
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fe trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego:
Victoria, Octavia, Inés...; ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion*!:
— «¡Nadie en el mundo como yo te adora!« —
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay, quién tal gloria al poseer, diría
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
¡digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en esta
del torpe error de *mi fatal pasion*!
— «¡Huye,» dice, «el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusion de un dia,
y al fin verás, alma del alma mia,
que humo las glorias de la vida son!»



DOLORA III.

Ventajas de la inconstancia.

Despues de amarla, olvídala, que el cielo
la inconstancia al amor le dió en consuelo.
PATRICIO M. DE RAYON.

I.

¡Ay! anoche te escuché,
(el que escucha oye su mal)
cuando á otro hombre por tu fe
le jurabas fe eternal.

¡Imprudente!
nadie quiere eternamente;
que pase un mes y otro mes,
y me lo dirás despues.
Aunque nuestro amor fue estraño,
ya no lloro
ni mi engaño, ni tu engaño,
pues no ignoro
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

II.

Despues ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿fue el ruido de un beso aquel?
bien te oí cuando dijiste:
— «No hice otro tanto con él.»
¡Ay, Victoria,
cuan frágil es tu memoria!
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle....
Si me engañas, ya antes ducho
te engañé,
por que, aunque me amabas mucho,

yo bien sé
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

III.

Por último, ¡horrible paso!
dijiste, al partir, de mí:
— «Es un....» — Ah! mas por si acaso
lo dije yo antes de tí.
Si, Gacela,
aquí, el que no corre, vuela:
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores,
y engañados;
pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

IV.

Adios: te juro leal
por el que nació en Belen,
que nunca te querré mal,
si no te quise muy bien.
Con que, adios:
Navia y julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana:
¡tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
ó, imprudente,
llegases tú á amar á alguno,
ten presente
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.



DOLORA IV.

Los sollozos.

Si á mis sollozos les pregunto á donde
la dura causa está de su afliccion,
de un ay! que ya pasó la voz responde:
—«De mi antiguo dolor *recuerdos* son.

Y alguna vez, cual otras infelice,
que sollozo postrado en la inaccion,
de otro ay! que aun no llegò la voz me dice:
— «De mi dolor *presentimientos* son.»

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazon,
si hasta sollozos que la *inercia* cria,
presentimientos ó memorias son?....



DOLORA V.

Quien vive, olvida.

> Que la dicha si es colmada
> si nada turba el contento,
> suele trocarse en tormento,
> porque cansa al corazon
> siempre una misma pasion,
> siempre un mismo sentimiento.
>
> EL CONDE DE REVILLAJIJEDO.

EL. — ¡Cuánto amor, Adela mia,
aquí un dia
me juraste y te juré!
ADELA. — Por cierto que fue en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste y te olvidé.

EL. — Allí grabé con pasion
la espresion
de que *« vivir es amar »*
ADELA. — Bajo espresion tan traidora,
graba ahora,
que *« vivir es olvidar »*

EL. — Aun por tí mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.
ADELA. — No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
« á gran amor gran desden. »

EL. — Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
« no te olvidaré jamas »
ADELA. — No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
« quien mas vive, olvida mas. «

EL. — ¿Cuándo, con locos estremos,
volveremos
á amar con tan ciego ardor?
ADELA. — Nunca, pues ya hemos sabido
« que el olvido
sigue, cual sombra, al amor. »

EL. — ¡ Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
« *vivir era idolatrar* »
ADELA. — ¡ Quien entonces (¡ pena fiera !)
nos dijera
« *que vivir es olvidar* » !...



DOLORA VI.

No hay dicha en la tierra.

I.

De niño, en el vano aliño,
de la juventud soñando,
pasé la niñez llorando
con todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre penando
cuando ni un mal le desvela;
¡*Ah!*
La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

II.

Ya jóven, falto de calma,
busco el placer de la vida,
y cada ilusion perdida
me arranca, al partir, el alma.
Si en la estacion mas florida
no hay mal que al alma no duela,
¡*Ah!*
La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

III.

La paz, con ansia importuna,
busco en la vejez inerte,
y buscaré en mal tan fuerte
junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
todos los males consuela;
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela
¿dónde está?....



DOLORA VII.

Egoismo de la virtud.

I.

Si anoche no estuve, Flora,
á adorar tu talle hermoso,
es por que soy *virtuoso*,
y me da el sueño á deshora.

¡ Pecadora !
ya la contaré á tu madre
que, porque amo mi quietud
y salud,
dijiste hoy á mi compadre:
— « *¡ Que egoista es la virtud !* »

II.

¿Como he de ir con fe no escasa
á ver tus ojos serenos,
si hay cien pasos por lo menos
desde mi casa á tu casa?
¿Y que pasa
al hallarnos frente á frente?....
¿Que?... tú mientes sin guarismo;
yo lo mismo:
¿el no ir, por consiguiente,
es virtud ó es egoismo?

III.

Verbi gracia, el otro dia
al verte de mi amor harta,

puse un bostezo de á cuarta
entre un «paloma« y un «mia«.
Es falsía
la de bostezar amando;
mas si hoy, con mas pulcritud
y quietud,
no he ido á amar bostezando,
¿fué egoismo ó fué virtud?

IV.

Desde hoy no vuelvo á tu eden
á tomar, Flora, el sereno:
si es por *egoismo*—bueno,
y si es por *virtud*—tambien.
Si, mi bien,
esto haré por mi salud,
aunque diga tu cinismo
que es lo mismo
la gloria de la virtud,
que el triunfo del egoismo.



DOLORA VIII.

Propósitos vanos.

— Padre pequé: y perdonad
si en mi amorosa contienda
se lleva el viento á mi edad
propòsitos de la enmienda.
EL CONFESOR. — «¡Siempre es viento
á esa edad un juramento!
¿Que pecado es, hija mia?»

LA PENITENTA. El *mismo* del otro dia.
Y aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer predicando
Fray Modesto:
Que es inútil la mas pura
contricion
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

II.

— Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristan,
y en vez de correr al templo,
corrí á la huerta con Juan.
EL CONFESOR. — «¡Triste don
correr tras su perdicion!....»
LA PENITENTA. — Si señor, mas don tan vil
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
mas que á misa,
que el diantre á todas sin duda
nos avisa
que es inútil la mas pura
contricion

si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

III.

— La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él como una muerta.

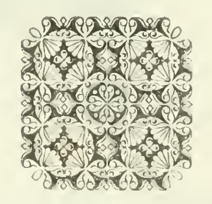
EL CONFESOR. — ¡«Dulcemente
fascina asi la serpiente!»

LA PENIT. — ¡No lo estrañeis, siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo,
(que lo dudo)
ya contaré que en el suelo
nunca pudo
sernos útil la mas pura
contricion
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

IV.

— Y mañana ¿que he de hacer,
padre, al sonar la campana,

si él me dice hoy, como ayer,
« vuelve á la huerta mañana? «
EL CONFESOR. — « ¡ Ay de vos!
¡antes Dios, y siempre Dios!»
LA PENITENTA. —Es cierto, mas entre amantes
no siempre suele ser antes.
Y en fin, si de ser cautiva
me arrepiento,
ó me absolveis mientras viva,
ò presiento
que es inútil la mas pura
contricion
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.



DOLORA IX.

La ciencia de la vida.

Amargando tu existencia
de tu corazon en daño,
ya te enseñará esta ciencia
el libro *de la esperiencia*,
página *del desengaño*.
E. FLORENTINO SANZ.

I.

— Seguid; veremos á qué luz impura
del porvenir el cáos se ilumina:
EL AGORERO-¿Mas quién, desengañado, no adivina
de la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes;
¡Dios los da al hombre con amor profundo!:

despues se augura un mal, porque en el mundo
tarde ó temprano es infalible el mal.

II.

— Seguid.
EL AGORERO.-Si á un triste le augurais su estrella,
algun placer le augurareis mintiendo,
que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
la esperanza, aun sufriendo, es celestial.
Y si su suerte predecís acaso
á los que mira compasivo el cielo,
hacedles ver qué en la orfandad del suelo
tarde ó temprano es infalible el mal.

III.

— Seguid.
EL AGORERO. — Sabreis mi dolorosa ciencia
si grabais en la mente con empeño,
que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*,
que el mal, solo por serlo, es *inmortal.*

Que nunca falta una ilusion gloriosa
que alegre una existencia maldecida,
y que en la paz de la mas dulce vida
tarde ó temprano es infalible el mal.



DOLORA X.

Vanidad de la hermosura.

OCTAVIA.

Ni amor canto, ni hermosura,
porque esta es un vano aliño,
y ademas
aquel una sombra oscura.
OCTAVIA.—¿No es mas que sombra el cariño?
— *Nada mas.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cual son ceniza mañana.
OCTAVIA.—¿Nada mas son que ceniza?
— *Nada mas.*

Y en tu contento no escaso,
¿qué dirás que es un contento,
qué dirás?
OCTAVIA.—¿Nada mas que viento acaso?
—¡Nada mas, niña, que viento,
nada mas!

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones;
¡nada mas, luz de mis ojos,
nada mas!...



DOLORA XI.

Vivir es dudar.

A LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Si vivir no es dudar, prenda querida,
decidme, en mal tan fuerte;
¿es el fin de esta vida nuestra muerte?
¿ó es la muerte el principio de otra vida?

Porque es nuestra existencia
turbio fanal de inescrutable esencia,
pues cual luz mortecina
solo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
si el aire sombra hiciera
como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
de esta que vuela inconsolable vida,
y es en la humana suerte
la vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
preludios son de venideros llantos;
que es del dolor la puerta
la que el gozo al pasar nos deja abierta.

El mayor bien gozado,
jamas es grande hasta que ya es pasado;
pues solo en la memoria
es grande al parecer la humana gloria.

Y en tan vil confusion, prenda querida,
nadie sabe inquirir en mal tan fuerte,
si es el fin de esta vida nuestra muerte,
ó es la muerte el principio de otra vida....

DOLORA XII.

Poder de la belleza.

I.

¡Me caso! Yo que odio eterno
siempre profesé á este paso
como á un paso del infierno,
ya cándidamente tierno....
¿podreis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer,
(siento decir que no miento)
justo es que cante, y lo siento,
de la belleza el poder.

II.

Yo que anduve transitorio
toda España en derredor,
de un jolgorio á otro jolgorio,
haciendo el Don Juan Tenorio
con doncellas de labor,

Hoy mi indómita cabeza
á un yugo al fin se somete:
aqui dió fin el sainete ...
¡*Oh poder de la belleza*!

III.

Yo que canté á cualquier hora:
—«no me da pena maldita
si tu pecho no me adora,
que la mancha de una *mora*
con otra *blanca* se quita,»

Peno por una mujer,
y, (aparte) (rabio de celos)
¡á tanto se estiende, cielos,
de la belleza el poder!

IV.

Yo que amé en la edad florida
cada *cien* dias á *ciento*,
ya hace *un mes* que mi querida
es aliento de mi vida,
es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
es de treinta años emblema;
es la vida... es el poema
del poder de la belleza.

V.

Con mi triste casamiento,
(mis ex-amadas, mi ex-gloria,)
ya nos arrebata el viento

tanto amor que ha sido historia,
tanta historia que fue cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
en esta vida traidora;
solo es real, á cuartos de hora,
de la belleza el poder.

VI.

¡Ya no os daré cantilenas,
jugando al toma y al daca,
pelo, anillos ni cadenas,
ni tantas cosas, tan buenas
para hacer nidos de Urraca!

¡Y á fe que es necia flaqueza
que, ganando mil ventajas,
solo estribe en zarandajas
el poder de la belleza!

VII.

Pues me caso, Satanás
haga á mi esposa, ò Dios la haga
no pedir cuentas de atras,

pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiacion llega á haber,
siendo, cual la muerte, fuerte,
es horrible, cual la muerte,
de la belleza el poder.

VIII.

¡Dios! á quien ofendo impío,
dad á tanto error disculpa:
perdonad mi desvarío:
por mi culpa, padre mio,
por mi grandísima culpa!

No os vengueis de quien, si empieza
cantando la palinodia,
loa en tono de salmodia
el poder de la belleza.

IX.

Desde hoy mis glorias de amante
se concretarán, Dios mio,
á tener en adelante

una mujer que me espante
las moscas en el estío.

No estrañeis que cual placer
el *no ver moscas* os nombre,
que á tal punto humilla al hombre
de la belleza el poder.

X.

Hoy mi pecho, en conclusion,
pide perdon y perdona,
á cuantas fueron y son....
desde Lisboa á Pamplona,
desde Sevilla á Gijon.

Y hoy en fin mi bien empieza;
ó empieza mi mal acaso:
de cualquier modo ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!



DOLORA XIII.

Todo se pierde.

I.

Rosa, ¿con que perdiste
la flor encantadora
que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste....
la flor vaya en buen hora,

si fué solo la flor, Rosa, perdida.
Mas esto me convida
(perdona) á que recuerde
que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

II.

Todo se pierde ¡ ay triste!
de tu frente, antes pura,
baja, y verás con lágrimas tus ojos!
ya indòcil se resiste
al corsé tu cintura:
sube al cuello despues, y.... ¡ay que despojos!
el ver seco da enojos
árbol que fué tan verde.
¡ *Todo se pierde*, si, *todo se pierde!*

III.

De este pecho, tuyo antes,
perdí un dia la llave,
y cuanto en él guardé perdí con ella;
ilusiones amantes

toda la villa sabe
que para tí guardaba, Rosa bella.
¡Mas cuán tarde mi estrella
hizo que al fin recuerde
que *todo* (¿no es verdad?) *todo se pierde!*

IV.

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi terneza?
¿De la flor que te dí, dime, qué ha sido?
perdióse la flor pura,
lo mismo que (¡oh tristeza!)
mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
que sin que uno se acuerde,
¡*todo se pierde*¡ oh Dios ¡*todo se ierde! p*



DOLORA XIV.

Corta es la vida.

Parόse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió un ave que, rendida
al pié de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hácia la flexible rama
do aun columpiaba su nido,

—«Hé aquí,» dijo en su sorpresa,
«la imágen de la fortuna;
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pié de la cuna.»

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
—«¿Cuánto las separa?—¡*un paso*!
¿Y què media entre ambas? — ¡*viento*!»



DOLORA XV.

Siempre el grande es generoso.

AL REGERSO

DE

S. M. LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA.

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡ Digna Reina del pueblo que, algun dia
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincon de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdon en vuestra frente;
palabras de piedad en vuestros lábios.

Los que hoy al «bendeciros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡Madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos¡» tan solo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina, exije palmas;
el héroe de una dama, exije flores.

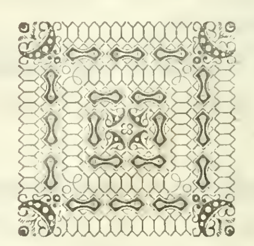
Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte;
morir por vos, es alcanzar la gloria.

Y, aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿Qué existencia, sus vidas redimiera,
ni cual sangre su sangre espiaría?

A cuantos hoy, con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones,
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo mas cumplida
que ser, cual vos, Señora;
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdon, si vencedora.



DOLORA XVI.

Virtud de la hipocresia.

Ya he visto con harta pena
que ayer, centro de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcon una palma.

Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,
ó no es cierto aquel capítulo
en que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente
despues que la palma vió
riéndose maldiciente
cierto galan esclamó:

— «Mal nuestra honradez se abona,
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcon.» —

Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta cruel
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues al mirarte embebido
dice entre sí el vulgo ruin:
— «Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardin.» —

Mas tú niega el hecho, Elena,
porque en materias de honor
antes, el código ordena,
ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
siempre será necio intento
dudar de honras que se llevan
palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad,
que la virtud en su esencia
es *opinion* la mitad,
y otra mitad *apariencia.*

Palma ostenta, pues es uso,
que, aunque mentir no es prudente,
por algo Dios no nos puso
el corazon en la frente.

Nada á confesar te venza,
que engañar por el honor
es en los hombres *verguenza*,
y en las mujeres *pudor.*

Y si tu honor duda implica,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcon.



DOLORA XVII.

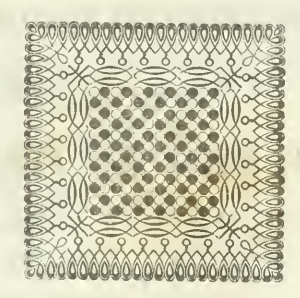
El concierto de las campanas.

(PARA MÚSICA.)

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran;
cuando allí tocando están
¡*Din don*, *Din dan*!
tocan aquí en bronco son
¡*Din dan*, *Din don*!

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
á tan monstruoso concierto
labrando mis goces van,
¡*Din don*, *Din dan*!
su tumba en mi corazon:
¡*Din dan*, *Din don*!!

¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afan!
¡*Din don*, *Din dan*!
¡Qué breves las dichas son!
¡*Din dan*, *Din don*!!



DOLORA XVIII.

Glorias póstumas.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

con motivo de la falsa muerte

DE LA CÈLEBRE POETISA DOÑA CAROLINA CORONADO.

I.

Aun el pesar me asesina
de cuando aquí por muy cierto
se dijo de Carolina
que (¡Dios nos libre!) habia muerto.

El que menos ,
con ojos de espanto llenos,
— « ¡ cuánto lo siento! » —esclamaba...
pero ninguno lloraba.
El que se muere , Pastor ,
ó se ausenta ,
es *cero* que olvida amor
en su cuenta.
Los que esperan fé, en muriendo ,
¡ cuánto yerran !
bueno ó *malo*, á lo que entiendo,
al que se muere lo entierran.

II.

No hay ser que, al « ¡Dios le perdone !»
con que hace al muerto un regalo ,
si es su enemigo no entone
el « *Líbera nos á malo* »
Cantan esto
los que no aman , por supuesto ;
porque los que aman muy bien
dicen: « *Requiescat.... amen.* »
Al que ama y no ama , igual pena
le acomete,
esceptuando alguna escena
de sainete.

Premio igual dan y reciben
los que quieren,
ya olvidando á los que viven,
ya enterrando á los que mueren.

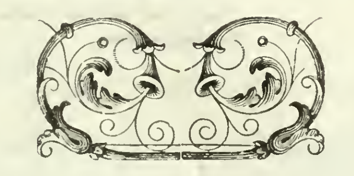
III.

Cuando mas, los muy leales
nos recomiendan á Dios
con dos misas de á *seis reales*;
total, *cuartos* ciento dos.
Y aun dos misas
no son del todo precisas,
pues con una solamente
cubre un hombre el *espediente.....*
¿Para qué, ansiando, vivimos
entre lloro,
y adquirimos y adquirimos
oro y oro.....
si al fin un deudo allegado,
sin gemir,
entre un mal lienzo hilvanado
nos enterrará al morir?

IV.

« Con tu ausencia, y veinte reales,
un duro mi pecho gana: »

así calcula sus males
nuestra condicion humana.
¡Maldicion
sobre tan vil condicion!
No hay mas deudos ni parientes
que las muelas y los dientes.....
¡Ay, dí á tu amiga, PASTOR,
que, si muere,
de nadie gloria ni amor
nunca espere:
pues llenando el ataud
do le encierran,
con amor, gloria y virtud,
al que se muere, lo entierran!



DOLORA XIX.

Nada de nada:
Nada por nada.

Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.

(Cantar.)

I.

Nada me importa. Al sentimiento estraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el— «*no importa*» —el propio daño,
sepulto en un — «*¡paciencia!*» —el daño ageno.

Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo, en aguardar lo bueno;
y así, el alma en sí misma sepultada,
da á habido y por haber «*nada de nada.*»

II.

Me es todo igual. Nada el placer me importa;
ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida corta,
prorumpo sin rencor: «*estaba escrito.*»
Cuando sus iras mi destino aborta,
«*buen semblante á mal tiempo*,» me repito;
y así, cerrando á la pasion la entrada,
grabé en mi corazon: «*nada por nada.*»

III.

Nada me importa. Que daré no ignoro
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusion templa mi lloro:
amarga mis delirios la esperiencia:

y, de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe: « *nada de nada.* »

IV

Me es todo igual. Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero,
pero en mi herida, sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
pues os debo esta fe desesperada,
« *nada de nada* » os doy « *nada por nada.* »



DOLORA XX.

Vaguedad del placer.

I.

»Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha estrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.» —

Asi una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco á poco
va el Iris su luz menguando.

Y ya que de su ornamento
creian la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—

— «¿Cómo es?» — Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden: — «¡*Ya es ido*!»

— «¡Mentíra!» —Bajan diciendo
los que ven clara su lumbre,
y en tanto ganan la cumbre
mustios los otros subiendo.

II.

Por que sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,

cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos,

El Iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro
á los que bajan, oscuro,
y á los que suben, brillante.

—

— «¿*Cómo es?*» —En ronco alarido
gritan los antes burlados.
Y los de ahora estasiados,
tristes responden: —«¡ *Ya es ido*!!»

— «¡Mentira!» —Dicen bajando
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

III.

Juntos con pueril anhelo
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan: — « ¡*adelante*! »
y los de adelante: — « ¡*atras*! »

Y asi sin órden ni guia,
aqui y alli discurrieron,
y ni alli ni aqui le vieron,
y en todas partes lucia.

Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza, que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
esclaman todos: — « ¡ *Ya es ido*!!! »

IV.

Así en eterno cuidado,
aqui y alli nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado,

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detras, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella
suspira y dice: — « ¡YA ES IDO! »

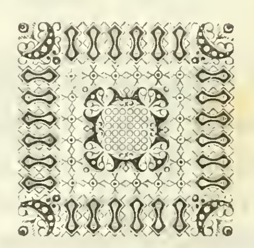
DOLORA XXI.

Ultimas abjuraciones.

¡Voy á morir! prenda del alma mia:
este el centon de mis quimeras es;
leed, leed, y de la gloria impia
de tanto error abjuraré despues.
EL HIJO.-(*Ley.*) «Cuna de rosas al nacer hallamos.»
EL PAD.-¡*Mentira! abrojos al nacer nos dan.*
EL HIJO.-«Rosas, la vida al comenzar, hollamos.»
EL PAD.-¡*Falso! los pies por entre abrojos van.*

¡Voy á morir! las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved:
¡cúmulo abyecto de entrañables glorias!
leed, por Dios, y escarmentad; leed:
EL HIJO.-«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»
EL PAD.-¡*Ay, necio error á la ilusion llamad!*
EL HIJO.-«Huye la edad de la razon cual niebla»
EL PAD.-¡ *Horror! pasad, horas sin fin, pasad!*

¡Voy á morir! de nuestra vida escasa
pasa en engaños la primer mitad;
la otra mitad en desengaños pasa:
¡nunca olvideis esta cruel verdad!
EL HIJO.-«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»
EL PAD.-¡ *Mundo! os doy ledo mi postrer á Dios.*
EL HIJO.-«Perece el bienestar con la existencia.»
EL PAD.-¡*Muerte! del hombre el bienestar sois vos!*



DOLORA XXII.

Quien mas pone, pierde mas.

Es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Este refran que te canto
tiene, amor mio, tal arte,
que su verdad á probarte
con una *conseja* voy.
Fué una niña de quince años
el duende de esta *conseja*,

y aunque la niña ya es vieja
aun dice entre angustias hoy:

Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
á quien idólatra un dia
— «te he de querer, le decia,
hasta despues de morir,»
« Y si con Dios avenida
corta mi aliento la muerte,
dejaré el cielo por verte. » —
Tal dijo, sin advertir

Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
de su antiguo amor los gustos,
dejó el pais de los justos
y al mundo el vuelo tendió;
Y cuando alegre á su amante
con alas de ángel cubria,
— « ¿Ves cuál dejé, le decia,
el cielo por tí? » — Mas ¡ oh!

Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante,
y en ellas al cielo huyó;
Y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato
subiendo al cielo cantó:

Es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.



DOLORA XXIII.

A Dios para siempre.

A CAROLINA.

Porque no infiel juzgueis á mi memoria
aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer *á Dios*:

— « Era una niña, como vos, afable,
lozana, y pura y celestial cual vos. » —
¡Quién al dejar á un ser tan adorable,
podrá decirle: *para siempre á Dios*!

— « Partí... y la fama me contó su muerte. » —
Guárdeos el cielo de su suerte á vos!:
y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: ¡*para siempre á Dios*!

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel dia, como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡*á Dios*, les digo, *para siempre á Dios*!



DOLORA XXIV.

Beneficios de la ausencia.

I.

Abur, Irene; hasta cuando
no te lo podré decir;
por Dios que, al verme llorando,
ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,

que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
que algun dia
leí contigo una hijiene
que decia:
que conforme á la esperiencia
de un doctor
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

II.

Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque *á ojos que no ven*
corazones que no sienten.
¡Qué infinito
será tu amor.... *por escrito*!
Mas dice Santo Tomás
que *ver y creer*, y no mas.
Este refran no te corra,
advirtiendo,
que *el tiempo todo lo borra*,
y sabiendo
que conforme á la esperiencia
de un doctor

es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

III.

— « ¡Qué yertas son las francesas! »
te diré todos los dias;
— « ¡qué heladas! » si son inglesas ,
y si italianas « ¡ qué frias! »
Y entre tanto
mil y mil serán mi encanto.
¡ Ay , cubren tanta ficcion
las alas del corazon!
Hermosa Irene, ten calma ;
¿ por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que conforme á la esperiencia
de un doctor
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.



DOLORA XXV.

Buenas cosas mal dispuestas.

Epístola á Emilia.
Sátira contra el género humano.

INTRODUCCION.

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
aunque al hombre al cantar, siempre sin calma
cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
con el físico el alma comparando,
mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinion los que llamando
al hombre la mejor de las conquistas
un culto le rendís: ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralístas,
con vos, factores de virtudes, hablo,
que en el hombre mirais cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
poneís al hombre en preeminente nicho,
siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amais por bárbaro capricho,
sois, su hipócrita instinto disculpando,
mas hipócrita que él; lo dicho dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
vivís, amantes de vosotros mismos,
la humanidad falaces incensando.

¡Huíd con tan revueltos silogísmos
á la luz con que alumbro temerario
del corazon los múltiples abísmos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
ó, ajitado á mi voz el pueblo, arguyo
que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
porque altivo desprecio á los histriones,

y en santa paz mi introduccion concluyo:

—

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
y en su afan le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
— « si ennobleces con esto tu existencia
serás mi ser mas predilecto » — dijo.

Y, en prueba de inmortal munificencia,
echó á sus pies con paternal contento
la *Fe*, el *Amor*, la *Gloria*, la *Conciencia*,
el *Honor*, la *Virtud*, el *Sentimiento*.

I.

El Sentimiento.

—

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
al verse de virtudes opulento?
No te rias, Emilia, lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercò al momento,
y, echando al corazon enhoramala,
se colocó en la *piel* el *sentimiento.*

La aprension, vive Dios, no fué tan mala,
porque en su alma el dolor jamás se ceba,
pues siempre fácil por su piel resbala.

Asi el dolor de la mas triste nueva,
si un aire se lo trae, cuando pasa,
otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma en sentir es tan escasa,
cuando antes por la piel el *sentimiento*
con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! por eso se olvidan al momento
el muerto padre que á llorar provoca,
la ausencia de un amigo y de otros ciento!

Y asi al alma en su fondo nunca toca
la lumbre de unos ojos que se inflaman,
el regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman
cuando, con voces de dolor gimiendo,
del corazon contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo
el hombre vil con corazon vacío

(de golpes y estocadas prescindiendo)
solo le afectan el calor y el frio.

¿Lo has oido, bien mio?
¡*Solo le afectan el* CALOR *y el* FRIO!

II.

La conciencia.

El hombre por su infamia ó su inocencia
se puso en el *estómago*, y no es broma,
la augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
y por eso en el hombre nadie estraña
que su deber olvide por que coma.

¡El alma enciende en implacable saña
ver la *conciencia* á la opresion espuesta
de un atracon de trufas y champaña!

¡En alta voz mi corazon protesta
contra esta rectitud del hombre fiero,
puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fe de un caballero
si otro contrario regaló su panza
(hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quien verá sin impulsos de venganza
que un cuarteron de.... (cualquier cosa) inclina
de la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad á quien domina
ya de una poma la frugal presencia,
ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
que llame á su despensa algun ricacho:
— «general tentacion de la conciencia» —

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
ver que el hombre, honrosísimas cuestiones,
las reduce á cuestiones de gazpacho?

Digan los diplomáticos varones
los muchos tratos que hacen y deshacen
pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
pues como dicen los que pobres nacen:
— «el *hambre* es quien regula la *conciencia*.

Añade á tu esperiencia:
que el hambre es quien regula la conciencia!

III.

El Honor.—La Virtud.

Virtud y honor, Emilia, y no te asombre,
puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
de *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
pondera altivo, hablando y mas hablando,
silogísmo añadiendo á silogísmo.

Siempre al hombre mas vil verásle alzando
un pedestal donde su honor se ostente,
las frases con las frases combinando.

Rico, ó pobre, el mortal, eternamente
llama á su honra — «el amor de sus amores» —
¡maldito charlatan y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
de las doncellas en la linda boca,
cráter que el mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca
que, ya ofuscada mi razon, no esplico
si á risa, á llanto, ó á indignacion provoca.

Perpetuamente en espresiones rico ,
¡qué hermoso fuera el hombre si tuviese
las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
que es la virtud su solo patrimonio,
bien podeis esclamar: — « ¡ qué pobre es ese ! » —

O buscad de su *honor* un testimonio ,
vereis que por dos cuartos.... (y son caras)
su *honra* y *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el Padre Notas-Claras ,
(que era un fraile muy sábio por mas mengua)
— « Salvo alguna escepcion (que son muy raras)
no hay *honor* ni *virtud* mas que en la lengua. » —

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡*No hay honor ni virtud mas que en la lengua!*

IV.

El Amor.

— « Qué hizo el hombre », dirás Emilia bella,

« con la llama de amor? » —Ay!! el idiota
la torpe sangre se inflamó con ella.

Y asi, de amor si el huracan azota,
por sus entrañas circulando ardiente
el torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el amor su antorcha diligente
por aldeas, por villas y por plazas,
de nacion en nacion, de gente en gente.

Diablo es amor de angelicales trazas
que, estirpes con estirpes confundiendo,
las razas asimila con las razas.

Ora hácia el lecho conyugal corriendo,
de alta estirpe pervierte el tronco honrado
de ruin árbol el gèrmen injiriendo.

Ora, en trage modesto disfrazado,
la inocencia sorprende en la cabaña,
de mirtos y de rosas coronado.

Ya, con infame ardor montando en saña,
la augusta luz de la imperial diadema
con niebla eterna el deshonor empaña.

Y en el furor de su ilusion estrema,
con vil incesto ignominiosamente
el santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada, una pasion ardiente,
¡ oh fútil brillo de la gloria humana!
como todos los goces, de repente.

¡ Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
mañana acabarán, Emilia mia;
si, Emilia mia, acabarán mañana!

El mas seguro amor que el cielo envia
entre el monton de los recuerdos vaga
despues que pasa un dia y otro dia.

¡Es triste que el amor que tanto halaga,
se estinga, no apagándolo, en pavesas,
ó en cenizas se estinga si se apaga!

Mas, pese á las promesas mas espresas,
muere el amor mas tierno confundido
entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar facilmente reducido
al término infalible de la muerte,
en ceniza, ó en pavesas, convertido,
fuego es amor que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡*Fuego es amor que en aire se convierte*!

V.

La Fe.—La Gloria.

La bribonada, Emilia, ò la simpleza
cometiò el hombre de poner FE y GLORIA
donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
la *fe* que muchos con placer veneran
es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
la *gloria* es sueño ¡oh, si! simple embeleso,
sombra, ilusion, ó lo que ustedes quieran.

¡A cuánto esceso arrastra, á cuanto esceso
ese tropel de imágenes que crea
la propiedad fosfórica del seso!

Por la *gloria* el mortal llegar desea
á la inmortalidad: ¡nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe* en este piélago profundo
mil cosas aguardamos tras la losa:
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y solo por la *gloria*, AQUI REPOSA,
grabamos en sonoras espresiones,
DON FULANO DE TAL, QUE FUE TAL COSA.

Y por mas que en tan vagas emociones
su existencia malgasta con empeño,
(su destino es correr tras de ilusiones)
gloria y *fe* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño,
¡Gloria y Fe para el hombre son un sueño!

CONCLUSION.

Ya que mi atroz prolijidad lamentas,
voy, Emilia, á decir por consiguiente
lo que es el hombre en resumidas cuentas.

Ahoga el *interés* primeramente
su *honor* y su *virtud*, su *fe* y su *gloria*;
y con *frio* y *calor* tan solo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria,
de las virtudes llorarè la ausencia,
pues mi pasion por ellas te es notoria.

¡Fe, sentimiento, amor, honra y conciencia,
pues os desprecia, abandonad el suelo
ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
para castigo de la humana gente,
á vuestra patria natural, el cielo!

¡Gloria y virtud! yo os juro tiernamente
que, al alejaros, desgarrais atroces
el corazon donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
leves emblemas del orgullo humano,
sonoros ecos de proscritas voces!

A Dios! y, por dar fin, bésoos la mano,
pues ya me llena de mortal despecho
la conviccion de que predico en vano.

Que, á ahogar el hombre sus virtudes hecho,
solo le han de afectar, á pesar mio,
(por Dios que este final desgarra el pecho)
calor, *hambre*, *interés*, *amor* ó *frio*.

Apréndelo, bien mio,
¡CALOR, HAMBRE, INTERES, AMOR Ó FRIO!....



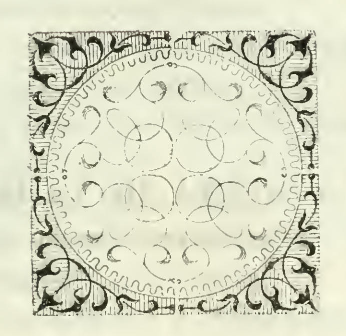
DOLORA XXVI.

¡ Ay del que nace ó muere !

— « A Dios por siempre, hijo del alma mia ! »
un triste anciano al espirar clamaba ;
y el tierno infante que su sien besaba,
— « ¡ á Dios por siempre ! » — el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,
y vertiò la primera el niño en tanto;
y, confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte
del corazon brotó mas dolorida,
¿la del que el primer mal sintió en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...



DOLORA XXVII.

Quien perdona, á Dios merece.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II,

CON MOTIVO DE UN INDULTO.

No habrá español que hoy dia
la sien ceñida de gloriosa palma,
no os cante, Reina mia,
con los sones mas íntimos del alma.

Hoy, respirando amores,
tambien mis lábios verterán perplejos
para la niña flores,
para la nieta de Isabel consejos.

Con vuestro amor, Señora,
inaugurad un porvenir dichoso;
pues sois radiante aurora,
sed de un dia eternal el sol glorioso.

Los bienes derramando,
tipo de amor, dominareis el suelo;
la virtud practicando,
ángel de paz conquistareis el cielo.

Si olvidais sus agravios,
vuestros vasallos depondrán enojos:
hablad vos por sus lábios,
que ellos verán por vuestros dulces ojos.

Al humilde, clemencia:
esta es de amor la encantadora via.
Con los fuertes, prudencia:
esta es la senda que á la fama guia.

Los bienes esparcidos,
despues los hallareis, Reina adorada,
en frutos convertidos
de rosas inmortales coronada.

Premiad con larga mano,
que algun dia vereis, tierna matrona,
que el bien no se hace en vano:
que á Dios merece, el que por Dios perdona.



DOLORA XXVIII.

Historia del amor.

Así cuando acosado el pensamiento
evoca en su favor rancias historias,
son para su tormento,
un nuevo torcedor del sentimiento
de los triunfos de amor las muertas glorias
MARIANO CAZURRO

I.

DESEO.

—Roman, tu ciencia es incierta,
me ha dicho quien bien lo sabe
que es la pureza una llave
que abre del cielo la puerta.

—Victoria, por Dios ahora
de la juventud gocemos,
porque despues que espiremos
lo que ha de pasar se ignora.

—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,
gozar para padecer,
que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
en el infierno algun dia
será inmortal, alma mia,
de este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte
de tan grande bienandanza
traspasa, cual la esperanza,
los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
del favor mas soberano,
con esta trémula mano
que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
una mi frente á tu frente,
porque me ahoga el ambiente
que no perfuma tu boca.

Pon, en tu blando estravío,
para calmar mis antojos,
tus ojos junto á mis ojos,
tu corazon junto al mio.

II.

PLACER.

Es imposible, Victoria,
que haya un tormento
que me haga olvidar la gloria
de este momento.
No, quien dicha tan cumplida
á ver llegó
ni en la eternidad la olvida.
—¡ *Ay! no:* ¡ *ay! no.*

Mi ser de tu ser recibe
mútuos pláceres,
y pues uno en otro vive,
nuestros dos seres
en tan dulce parasismo
¿no es cierto, dí,
que son partes de un ser mismo?
—¡ *Ay! si:* ¡ *ay! si.*

Si cuestan horas serenas
penas sin cuento,
vale un infierno de penas
este momento.
Dí si en tu virtud pasada
tu alma encontró
satisfaccion mas colmada.
—¡*Ay! no*: ¡*ay! no*.

Modera tu ardor, querida,
por un instante,
que no hay deleite en la vida
mas adelante...
¡Victoria!—¡Roman!—La muerte
á mí — y á mí —
hállenos ¡ay! de esta suerte.
—¡*Ay!* ¡*si!*
—¡*Ay!* ¡*si!*...

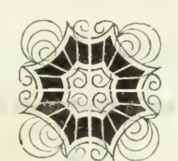
III.

HASTIO.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío
ya en tu indolencia paladeando vas:
jamas mi fe te pagará, bien mio,
ese rubor que devorando estas.
—¿Jamas?
—¡*Jamas!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abísmo
do tu inocencia sepultando irás:
el placer es verdugo de sí mismo;
jamas el gusto sin dolor verás.
—¿Jamas?
—¡*Jamas*!

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
siendo ludibrio de tí misma estás:
ya el puñal de un atroz remordimiento
¡perdon! *jamas* lejos de tí verás.
—¿Jamas?
—¡*Jamas*, paloma sin candor, *jamas*!..



DOLORA XXIX.

Porvenir de las almas.

A. R.... en la muerte de su hija.

I.

Si de vuestra hija fue estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!,
¡dichosa mil veces ella!

Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
por que para almas tan puras
morir es resucitar.

II.

¿Para qué llorais perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar *eterno*
dejó un lugar de *partida*?
Si es la vida
cáos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

III.

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud de fe henchida
prorumpe: — «¡Angeles al cielo!»
¿Ni á qué duelo
es mostrar, cuando la carga

de la existencia maldita
Dios nos quita,
si tras de una vida amarga
muriendo se resucita?

IV.

No dé á vuestra alma aflijida
la mas leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *mas allá* de la vida.
Si es mentida,
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

V.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra,
y un *dichoso* mas el cielo.
De su vuelo
ireis vos, muriendo, en pos

si á Dios dais en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos
morir es resucitar!



DOLORA XXX.

Todos son unos.

I.

Voy á contaros la historia
de una entrañable pasion,
aunque se haga á su memoria
pedazos mi corazon.

Que hay historias que, aunque pasan,
por siempre, á nuestro despecho,
los ojos en llanto arrasan,
y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
hay una, á cuyos reveses
se agostan las ilusiones,
como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
de esa pasion desgraciada
que, aunque amarga nuestra vida,
sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
siempre queda en la memoria
todo el dolor del infierno,
todo el placer de la gloria.

No hay hombre que, afortunado,
toda su vida, la idea
de un bien querer, mal pagado,
su eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
paga tan tiernos quereres;
si es tan cruda en sus amores;
hombres, ¡*lo que son mujeres!*

II.

Pues cuento de amor historias,
copiaré letra por letra
el libro en que sus memorias
grababa la hermosa Petra.

Despues de amar con locura,
tuvo de morir la suerte,
que hay males que solo cura
el bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
su historia dejó al mundo hecha,
y en ella hasta el menor ripio
es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
que, al repasar sus anales,
si á todo llorar no llora,
no esclame: « aquí de mis males. »

Pues llega en ella á hacer ver,
de su ciencia en testimonio,
que es un *ángel* la mujer,
y que es el hombre un *demonio*.

Y despues que al hombre injuria
con frases por el estílo,
de este modo el ángel-furia
coje de su historia el hilo:

—«Que no hay fe en hombres contemplo.«—
(prosigue la hermosa Petra)
—«y son de esto buen ejemplo
Pablo, Juan, Luis, Diego»...—etcetra.

De esta manera injuriando
sigue nombres tras de nombres,
y al fin concluye esclamando:
mujeres, ¡*lo qué son hombres*!

III.

Si á los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, si es el hombre *algo malo*,
es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, *las dan*,
asienta un refran de amor;
y cual dice otro refran
á un pícaro, *otro mayor*.

A buena fe, *mala* fe:
á un «*adelante*» *un* «*arredro*»:
quien mas mira, *menos ve*:
tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
probar á los hombres plugo

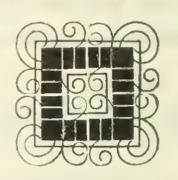
que, el que es *víctima* en un paso,
en otro paso es *verdugo.*

Por eso sé que, al que falso
á una mujer asesina,
le han de servir de cadalso
las rejas de otra vecina.

Y la que dice « no quiero »
cuando *amor* la canto amante,
sé que amará á otro coplero
aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley mas triste
que impone amor justiciero:
cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.

Pues hombre y mujer, son seres
con fe igual, y varios nombres,
hombres, ¡*lo que son mujeres!*
mujeres, ¡*lo que son hombres!...*



DOLORA XXXI.

Proximidad del bien.

En el tiempo en que el mundo informe estaba
crió el Señor, cuando por dicha estrema
el paraiso terrenal formaba,
un fruto que del mal era el emblema,
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adan al mismo lado
el Señor colocó del bien el fruto,
pero Adan nunca el bien halló ofuscado,
porque es del hombre mísero atributo
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
puso Dios escondido, y muy lejano,
pero Adan lo encontraba donde quiera,
abandonando en su falaz quimera
por el lejano mal, el bien cercano.

Ah! siempre el hombre en su ilusion maldita
su misma dicha en despreciar se empeña,
y al seguirle tenaz, tenaz la evita,
y aunque en su mismo corazon palpita
lejos, muy lejos, con afan la sueña!...



DOLORA XXXII.

Placeres tristes.

I.

Que te admire no es justo,
si á bostezar empiezas,
la turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto
que pertinaz bostezas
una vez, y otra vez, y tres y cuatro?

¡ Ay, prenda que idolatro,
ahora sé, á pesar mio,
que es el placer la fuente del hastío!

II.

Si el ver tantos galanes
tu bostezo provoca,
¿ qué harás cuando estés sola, Rosalía ?
No juzgué voto á Sanes
tan inmensa esa boca
que ha poco me llamaba: — « vida mía. »
¡ Cuánta razon tenia
quien dijo sabiamente
que son los goces del hastío fuente!

III.

En tus ojos serenos
hoy se vé una zozobra
que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de mas ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿soy yo (¡quiéralo Dios!) lo que te falta?

¿por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mio,
que es el placer la fuente del hastío?

IV.

Desde.... (ya tú me entiendes)
yo tambien Rosalía
con honda pena ¡ay de mi triste! lidio.
¡Cómo en rubor te enciendes!
Llora, sí, vida mia,
despues de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos, (pese á Ovidio),
aunque mi amor lo siente,
que son los goces del hastío fuente!

V.

Si el placer que gozamos
nuestras almas abisma
en un fiero dolor que nos devora,
tras la virtud corramos,
pues tan solo á sí misma
eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
en que aprendí, bien mio,
que es el placer la fuente del hastío!

Beneficios de la ausencia. (1).

Ay! fuera menor querida
mi desesperado afan,
si las dichas en la vida
volviesen como se van.
Pues para hallar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo, y mucha tierra.

EL AUTOR

Abur, Irene; hasta cuando
no te lo podré decir;
por Dios que, al verme llorando,
ganas me dan de reir.

(1) Se repite esta *Dolora* porque la primera vez se ha dejado de imprimir el epígrafe y la última estrofa.

¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,
que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
que algun dia
leí contigo una hijiene
que decia:
que conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

—

Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque *á ojos que no ven*
corazones que no sienten.
¡Qué infinito
será tu amor..... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
que *ver y creer* y no mas.
Este refran no te corra,
advirtiendo
que *el tiempo todo lo borra*,
y sabiendo

que conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor

—

«¡Qué yertas son las francesas!»
te diré todos los dias;
«¡Qué heladas!» si son inglesas,
y si Italianas ¡«qué frias!»
y entre tanto
mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficcion
las alas del corazon!
Hermosa Irene, ten calma,
¿por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

—

Parto por fin, ya amanece,
adios, alma de los dos,

ruega á Dios que no tropiece
por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
con la obstinacion de un moro,
tal vez me ablande mañana
el fuego de otra cristiana.
Si, que aunque este amor es cierto,
ay! presumo
que el amor de un *ido* ó un *muerto*
siempre es humo;
pues conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.



DOLORA XXXIII.

La dicha es la muerte.

¡Sarcasmo ruín de la suerte
para el alma dolorida,
no ver hermosa la vida
sino al dintel de la muerte!
E. Florentino Sanz.

I.

—Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
pues que mi pecho tras la dicha va,
tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

—¡«Llorando el niño entre mi seno está:
id mas allá!...»

II.

—Hermosas! solo en estrangera tierra,
prestadle dicha á quien tras ella va,
pues tantas dichas vuestro amor encierra.
LAS HERMOSAS.
—¡Triste del sér que idolatrando está:
id mas allá!»

III.

—Magnates! hoy vuestra piedad imploro,
loco mi pecho tras la dicha va,
si el oro da la dicha, prestadme oro.
LOS MAGNATES.
—«Ved que amagándoos el puñal está:
id mas allá!»

IV.

—Ancianos! presa de infernal batalla
mi pecho en pos de la ventura va,
¿ni al borde mismo de la tumba se halla?
LOS ANCIANOS.
—¡«Ni al borde mismo de la tumba está:
id mas allá!!...»



ÍNDICE.



